

Izquierdas y derechas

*Ludolfo Paramio**

La distinción izquierda-derecha evidentemente tiene todavía vigencia. Lo que ocurre es que los cambios en la economía mundial han introducido una restricción de las políticas económicas posibles para un gobierno, y de esa restricción se ha derivado una cierta tendencia a decir que ya no existía una política específica de izquierdas. Cuando se desciende al detalle, cuando se compara lo que han hecho unos gobiernos y otros en los años ochenta, es muy fácil ver que ha habido serias diferencias y que en política económica, sometidos a las mismas restricciones, unos gobiernos han tratado de aumentar y de proteger al máximo las inversiones en capital humano y en capital físico, han tratado de mejorar las infraestructuras, la educación y la sanidad, y otros no lo han hecho, han dejado que eso quedara en manos de empresarios privados y entonces se ha producido un retroceso en esos campos. Algunos gobiernos han tratado de mejorar los mecanismos de cohesión social, sin duda con problemas introducidos por las restricciones presupuestarias, pero lo han intentado. Otros, en cambio, han buscado dismantelar o dar primacía a la oferta privada sobre la oferta pública en estos campos de la protección social.

Todo esto demuestra, desde mi punto de vista, que hay diferencias en políticas concretas entre izquierda y derecha. Pero sobre todo, lo que me parece que hace la pregunta por la vigencia de la división izquierda-derecha un tanto innecesaria, es que es muy evidente para cualquier ciudadano que existen diferencias entre izquierda y derecha, que existe una diferencia entre quienes representan políticamente o asumen ante todo políticamente los intereses de los grandes grupos económicos o del gran empresariado, y quienes tratan de poner en primer plano la defensa de los intereses de quienes viven de rentas salariales bajas o de quienes están excluidos del mercado de trabajo. En este sentido, nunca he acabado de entender por qué los

* Sociólogo. Director del Instituto de Estudios Sociales Avanzados. Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

intelectuales terminan discutiendo cosas que los ciudadanos de a pie no discuten y, por el contrario, ven con claridad.

El ciudadano de a pie compara lo que conoce. Entonces se comparan, cuando gobierna la izquierda, las expectativas sobre lo que iban a ser capaces de resolver, con lo que realmente resuelven. Para valorar si lo que han resuelto o lo que han hecho es mucho o poco, hace falta poder comparar después con el gobierno de derecha. Lo que se puede hacer bien desde un despacho académico, es comparar con las experiencias de otros países. La mayor parte de los ciudadanos no puede comparar con las experiencias de otros países, entonces sólo empiezan a valorar o a comparar los gobiernos de izquierda por contraposición a gobiernos ulteriores de derecha. A veces, por sustracción de expectativas, pueden ser más críticos respecto de los gobiernos de izquierda. Pero las diferencias objetivas están ahí y cuando se comparan países en la misma época, es muy fácil de ver; no es una opinión, son datos estadísticos, interpretables como todos, pero bastante objetivos. El problema es que a la gente le llegue y que lo pueda entender. Y para que lo pueda entender creo que hace falta que tenga la posibilidad o la necesidad de comparar con un gobierno de signo distinto en un momento posterior o anterior.

En los años 80 la izquierda ha estado a la defensiva, pero estamos a finales de los 90. Ahora, los efectos disfuncionales también para la acumulación de capital como consecuencia de los cambios de reglas del juego en los años 80, yo creo que los percibe todo el mundo. Los perciben los organismos internacionales y bastantes gobiernos que son firmemente partidarios del realismo económico y de adaptarse a las reglas del juego pero que creen también que hay que introducir medidas distintas. Estamos en la segunda fase de las reformas económicas en los países, que todo el mundo vuelve a dar más importancia a la educación, a los servicios públicos, a las inversiones públicas, por lo menos el Banco Mundial se lo da y bastantes gobiernos también. La época en la que la izquierda ha estado a la defensiva, se ha cerrado. Se puede criticar a Blair diciendo que lo que está haciendo es una nueva versión de las políticas de Thatcher, pero no son las políticas de Thatcher. Si ése es el argumento que les queda a los *tories* para atacar a los laboristas, bien está que lo usen. La época de las políticas neoliberales puras y duras se ha terminado. El problema es cómo se va reajustando con realismo, a partir de la situación de los ochenta, las posiciones de izquierda ante la nueva realidad internacional.

Plantearse esto desde España es paradójico, porque el caso español demostró que se podían hacer políticas socialdemócratas realistas. Es el caso más estudiado y comparado con el británico para ver que las políticas

podían ser radicalmente distintas. Y se pudo hacer con realismo económico. Los maravillosos resultados del señor Rato no se entenderían sin la gestión previa del señor Solbes y del gobierno socialdemócrata. En ese sentido, no estamos en un momento para hablar del desdibujamiento de la izquierda.

El objetivo «de máxima», el más lejano y ambicioso, de esta socialdemocracia de los 90, que sale de la época del neoliberalismo, sería la socialdemocracia a nivel mundial. Un mundo en el que las desigualdades pudieran ser combatidas y en el cual hubiera instituciones que garantizaran la cohesión social en todos los países, y no sólo en una minoría de países desarrollados. El objetivo más próximo es el de las viejas metas: mantener la cohesión social, invertir en las personas y hacer las inversiones públicas necesarias para que sea posible el crecimiento y contribuir, en la medida de lo posible, a la creación de un orden mundial en el cual los países no desarrollados se pudieran incorporar al crecimiento económico. Superar las dualidades que normalmente crea el funcionamiento de los mercados, que se han profundizado aún más con los cambios habidos en los años 80.

Esto significaría mantener el Estado de Bienestar, especialmente para el caso de corregir las desigualdades en un solo país. Se trata de aumentar la igualdad de oportunidades *ex ante* y de compensar las desigualdades *ex post*. Los liberales más estrictos pueden estar de acuerdo todavía con lo de la igualdad de oportunidades *ex ante*, pero lo de que se puedan utilizar los impuestos para corregir las desigualdades *a posteriori*, me temo que no es algo que les parezca nada conveniente. Parece que distorsiona el mercado.

La pregunta por el lugar del marxismo en el seno de la izquierda de hoy es difícil de hacer. ¿Cuál es el papel de un clásico del pensamiento en el pensamiento político de hoy? Es evidente que para la izquierda denominarse «marxista», enarbolar la bandera del marxismo como tal, supone una serie de equívocos. Hace pensar en una izquierda anticapitalista, en el sentido de negadora del mercado; en reivindicaciones de los trabajadores como opuestos a la buena marcha de las empresas, recreando una imagen de conflicto industrial propia de los años 30 o incluso del siglo pasado. En ese sentido, difícilmente el marxismo puede convertirse en una seña de identidad de la izquierda actual, porque no sería inteligible por la opinión pública o conduciría a profundos equívocos. Como marco teórico para analizar los conflictos sociales y políticos, el problema es que el marxismo ya forma parte de la herencia clásica del pensamiento social. Y distinguir algunos aspectos del marxismo clásico, sacándolo de su contexto, no tiene demasiado sentido. Pero si se intentan analizar desde ese contexto y adaptándolos a la nueva realidad, lo que queda es algo demasiado complejo para

que nadie lo pueda entender en una fórmula sencilla. Si se pasa del conflicto industrial en el siglo XIX a la realidad de la negociación colectiva, la representación política de los trabajadores en la escena social o la nueva situación de las empresas en el mercado mundial, todo se desdibuja, se hace mucho más complicado, y un marxista clásico puede entender que se está hablando de renuncia a los intereses autónomos de clase o de compromisos con la empresa que traicionarían los intereses de clase. Todo es más complicado puesto que ahora las esferas de la representación política con más amplias y la defensa de los intereses económicos de los trabajadores pasan no sólo por la defensa del Estado de Bienestar, sino por la propia supervivencia de las empresas y la marcha general de la economía del país. En la medida en que todo se ha vuelto más complejo y no se puede aplicar el esquema clásico y en la medida en que el rótulo de «marxismo» tiene muchos más inconvenientes que posibles ventajas a la hora de definir un proyecto de izquierda o de centroizquierda, lo lógico es que la pregunta no sea demasiado pertinente. Marx se convierte en un clásico más ya no sólo del movimiento obrero o del pensamiento socialista, sino del pensamiento social a secas.

Pareciera que la izquierda ha abandonado la crítica del sistema representativo como dispositivo porque la crítica del sistema representativo en este momento viene sobre todo de la derecha, que en algunos países apuesta sobre todo por ejecutivos plebiscitados y con muy poca responsabilidad ante los organismos de la democracia representativa, como son los parlamentos. Esta forma de presentar la política ha tenido cierto éxito, pero es ciertamente autodestructiva, es decir que obtiene los resultados opuestos a los que los ciudadanos buscan. En la medida en que se critica a los políticos profesionales, tienden a aparecer políticos no profesionales, sin disciplina partidaria y por lo tanto cada vez más irresponsables y más personalistas en el peor sentido del término, no porque estén fuera de disciplina u obediencia, sino porque están fuera de todo control social. Son el tipo de políticos que pueden plantearse tranquilamente lo de «después de mí, el diluvio». No les preocupa lo que suceda después. Con la financiación de los partidos políticos ocurre tres cuartos de lo mismo. La financiación pública de los partidos políticos es una condición para que exista competencia en el sistema de partidos. Si para entrar en política y disputar con los grandes partidos es necesario contar con fortuna privada, es evidente que sólo puede haber nuevos políticos que representen intereses económicamente poderosos. Por el contrario, en los países donde existen sistemas públicos de financiación de los partidos, cualquier proyecto puede contar con ese apoyo para entrar en política y puede haber proyectos que no ten-

gan detrás grandes intereses económicos que pasen a competir con los partidos consolidados. El problema de la izquierda es que se ha producido un descrédito de la clase política durante los años de grandes cambios sociales por esa diferencia entre las expectativas de la gente y los resultados obtenidos. Precisamente, la tarea de la izquierda es reconstruir la imagen de la democracia representativa ante los ciudadanos. Eso puede pasar por medidas de apertura de los partidos, elecciones primarias, etcétera. Pero la tarea de fondo es otra, es cambiar la percepción social y conseguir que los ciudadanos comprendan que el hecho de que haya un parlamento y unos mecanismos de democracia representativa que controlen a los gobernantes y que haya partidos fuertes y capaces de evitar las actitudes personalistas y arbitrarias en la esfera de lo político, eso es bastante conveniente para ellos. Menos Berlusconi y menos Fujimori y más políticos de partido que se presentan en nombre de un programa, que tienen un contrato con los ciudadanos y que deben rendir responsabilidades no sólo ante el parlamento, sino ante su propio partido y ante los electores que van a juzgar a su propio partido en la siguiente convocatoria electoral. La defensa de las libertades civiles y la defensa de los mecanismos de control de los gobiernos, que tienen su origen en el liberalismo, ha tenido que asumirlas la izquierda ante las tendencias autoritarias, por un lado, y las tendencias a ejecutivos blindados ante el control social, por otro lado. Puede ser una paradoja, pero no es necesariamente una mala paradoja. En España ya se sabe que, dentro de la tradición socialista, bastantes de sus miembros han dicho que habían llegado al socialismo a fuer de liberales. Se supone que en España el socialismo, en buena medida, era la culminación de la tradición liberal. El problema es en qué medida el neoliberalismo es una tradición a los principios del liberalismo político.

El liberalismo bajo la forma de partidos políticos en Europa se convierte en partidos-bisagra, que queda vaciado en buena medida de contenido por la entrada de los partidos conservadores en el consenso keynesiano de posguerra y esto hace que el liberalismo político sea asumido por la izquierda. En ese sentido, los partidos liberales se han convertido en factores residuales. En la medida en que la derecha se hace neoliberal, traiciona radicalmente los principios del liberalismo político. La señora Thatcher no sólo era autoritaria, también era centralista y se basaba en un sistema representativo que le daba la mayoría absoluta y le permitía gobernar sin responsabilidad ante nadie. Frente a eso, efectivamente la bandera del liberalismo político sólo puede ser enarbolada por la izquierda. Yo tengo la impresión de que la derecha en este momento del mundo está en una gran confusión. La incapacidad de la derecha norteamericana para librarse del mortal abra-

zo de la coalición cristiana es un ejemplo, pero la impotencia de los *tories* para oponer algo a Blair que no sea el asegurar que es un gobierno *tory*, me parece que también es muy significativa. En España, después de haber intentado durante una década ser una derecha ideológica y neoliberal, ahora se han convertido los representantes del Partido Popular en una derecha extraordinariamente pragmática, que defiende intereses muy específicos, pero trata de recortar lo más posible el discurso, entre otras cosas porque sabe que el discurso se ha quedado obsoleto.

La derecha --desde los ochenta-- no ha vuelto a un discurso económico duro, ha vuelto a un discurso filosófico duro en el que el mercado es el gran regulador social. No es un cambio de la política hacia la economía, es un cambio de filosofía, según el cual el principio en política tiene que ser el mismo que en economía. Y la izquierda, precisamente, lo que ha tenido que mostrar es que ese discurso filosófico era falso en dos sentidos: primero, que hacía mala economía, que la economía no podía funcionar en esas condiciones, y en esto la izquierda ha tenido que ser un poco economicista; y segundo, ha tenido que defender la vieja idea de que no puede ser el mercado el que regule la sociedad. Pero la verdadera batalla de estos años no ha sido la de contraponer la idea de que el mercado no lo puede regular todo a la idea neoliberal, sino demostrar que la economía no puede funcionar sobre la base de un mercado como único regulador. Por decirlo de alguna manera, el peso del economicismo le ha caído a la izquierda; la derecha ha hecho una maniobra ideológicamente muy espectacular, pero que redundaba en mala economía y en mala política.